

LA PRINCESA LIBERAL

Julio César Ramos



*María Teresa de Borbón y Vallabriga retratada
por Francisco de Goya a la edad de cuatro años,
1783. National Gallery of Art, Washington.*

Libros de
seda

*A mi padre, Juan Fernández Vicente,
que me enseñó el placer de seguir siempre aprendiendo.*

La pluma es la lengua del alma:
cuales fueran los conceptos que en ella
se engendraran, tales serán sus escritos.

Don Quijote de la Mancha. II parte. Cap. XVI.
Miguel de Cervantes



Mª Luisa de Saboya



Felipe V



Isabel de Farnesio



Luis I



Fernando VI



Carlos III



Mª Amalia
de Sajonia



Mª Luisa de Parma



Carlos IV



Carlota Joaquina



Mª Amalia



Mª Luisa

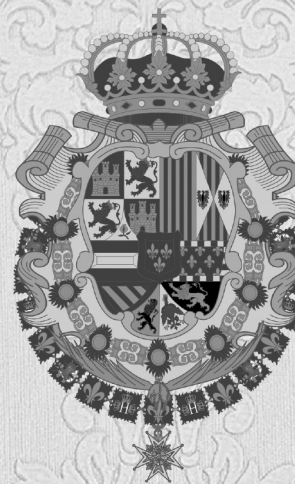


Fernando VII



Carlos Mª Isidro

ÁRBOL GENEALÓGICO



Infante don Luis



Mª Teresa Vallabriga



Manuel Godoy



María Teresa
de Borbón y Vallabriga



Mª Luisa



Luis Mª



Mª Isabel



Fco. de Paula



Carlota Luisa





CAPÍTULO 1



Jaime Barquín, 1829

● Quién no ha amado alguna vez? ¿Quién no ha visto su vida en peligro en un instante y no ha sentido miedo? Da igual el tiempo pasado, o las circunstancias en que se produjeron los hechos. El que lea estos escritos se reconocerá en ellos como en un espejo.

Caía la tarde del 7 de marzo de 1829 cuando entré en la villa de Boadilla. Atendía a la llamada de Carlota, la hija de María Teresa de Borbón y Vallabriga. No sabía entonces que lo que ella me iba a entregar me enfrentaría con mi pasado y me removería por dentro de tal modo que necesitaría evocar en estas líneas mis sentimientos, temores, éxitos y fracasos. Me llevaría a recordar el tiempo compartido junto a una mujer excepcional, una mujer nacida infanta de España que se convertiría con los años en impulsora de la causa liberal. El único y verdadero amor de mi vida.

Pasé el puente viejo para entrar en la población tras cruzar unos imponentes bosques de pinos y encinas, y entendí el interés que en estas tierras puso en su día el infante don Luis. Al llegar a la zona de huertas y jardines pude apreciar el palacio en un altozano. Me sorprendieron su sobria belleza y su tamaño, que destacaba entre aquel monte de encinares que lo rodeaba. Los tonos anaranjados de la tarde parecían fundirse con el color pálido de sus paredes. Frente a la entrada, una fuente llenaba el aire con el rumor del agua, que manaba mansamente de unas cabezas mitológicas bajo tres hornacinas coronadas por conchas. Aquel conjunto palaciego, casi en medio del campo, parecía fuera de lugar.

En la entrada del palacio me hice anunciar por un lacayo, que me indicó que la señora vendría en unos minutos. El mismo hombre apareció al cabo de un rato y me hizo un gesto para que lo acompañara hasta una sala de color azul calentada por el fuego de una chimenea. Nada más verme, Carlota se levantó y se dirigió hacia mí con una sonrisa. Era una mujer plena en su madurez, de cara redondeada y pelo



azabache. Una dama de buen vestir y ademanes pausados. Había esperado encontrar a una mujer parecida a su madre y eso, lo reconozco, me tenía algo nervioso, pero estaba claro que la herencia de su padre había sido la predominante en sus rasgos. Era muy diferente de la niña que yo había conocido en el palacio Grimaldi de Madrid. Sin embargo, sus profundos ojos azules, al igual que los de su madre, parecían traspasarte cuando te miraban, como si pudieran adivinar lo que pensabas.

—Me alegra verle, don Jaime. Espero que la vida lo haya tratado bien —me dijo con amabilidad mientras me indicaba que tomara asiento en una butaca—. Le habrá sorprendido que lo haya hecho llamar, imagino.

—A mí edad ya nada sorprende, tan solo, si acaso, despierta la curiosidad.

—Verá, se trata de la última voluntad de mi madre. En su testamento, había una petición que le concernía y, como es lógico, he querido cumplir sus últimos deseos.

—Le honra hacerlo. Y la acompaño en el sentimiento. Sentí muy hondamente la muerte de su madre.

La sorpresa en mi rostro debió de delatarme, porque Carlota enseguida me precisó, mirándome con cierta incomodidad, como si temiera decepcionarme:

—No crea que se trata de nada económico o que tenga algún valor más allá de lo sentimental.

—Con lo que tengo me sobra, vivo de mis rentas... y, por qué no decirlo, de mis recuerdos. No aspiro a mucho más para lo que me queda de vida.

—Entonces creo que ha de sentirse satisfecho, pues las notas que le voy a entregar son las que mi madre escribió en sus últimos años en su exilio en Francia. De la lectura de las mismas, perdóneme si he sido yo la primera en hacerlo, se desprende que usted fue muy importante para ella... Tal vez, quién sabe, sea el único hombre del que no guardó un recuerdo amargo.

En este punto su voz tembló como la llama de una vela. Fue solo un instante, pero pude percibirlo.

—Creo que en muchos momentos tanto a ella como a mí nos hubiera gustado vivir una vida diferente de la que nos tocó en suerte



—me sinceré—, pero solo Dios conoce los designios que nos tiene preparados.

—Espero que acepte nuestra hospitalidad. Le hemos reservado unos aposentos en la parte del palacio que da al oeste, la más cálida —dijo mirándome con una sonrisa.

—Será un placer.

—He pensado que a lo mejor antes de que le indiquen su habitación, le gustaría ver la capilla donde está la tumba de mi madre.

—Me haría usted un honor si me concediera ese privilegio.

Me hizo un gesto para que la acompañara. Bajamos al salón de entrada y, cruzando hacia uno de sus extremos, entramos a una pequeña capilla. El ajedrezado del mármol del suelo contrastaba con el blanco de sus paredes. Todo se hallaba primorosamente decorado con guirnaldas, ángeles y flores, que, junto a su sobrio altar, daban al conjunto una sensación de recogimiento, de paz. Carlota me mostró una pirámide, enmarcada entre dos columnas clásicas. Frente a la misma estaba el busto de Teresa y, a su lado, una figura desnuda que de rodillas lloraba su marcha.

—Es un daimón griego —me aclaró—. Me gusta pensar que representa su espíritu. Cuando murió en París, en el exilio, como tantos otros que creen en otro tipo de reinado, yo misma le pedí permiso al rey para traerla y poder enterrarla aquí. Pensé que era lo que más le gustaría. Siempre hablaba de este lugar como la casa familiar, y el lugar donde mi abuelo quería ser enterrado. Sin embargo él descansa en el panteón de infantes de El Escorial por voluntad de su hermano, el rey Carlos. Somos una familia marcada por la sumisión al deseo real. Supongo que con nuestro apellido no cabía que fuera de otra forma —dijo con una sonrisa cargada de ironía.

—Supongo que no.

—Le dejo a solas si lo desea.

—Le agradezco la gentileza.

Me quedé allí, mirando esa estructura de mármol bajo la que descansaba la única mujer a la que había amado. Al verme solo, me empezaron a sudar las manos y se me aceleró el corazón. Sentía deseos de subir a su tumba, abrirla y volverla a ver por última vez. Como si detrás de esa lápida me fuera a encontrar a aquella mujer a la que había



conocido cuando fui llamado por Godoy para ayudarle con aquellos asesinatos que iban a marcar mi vida. Su rostro de ojos claros, de pómulos sonrosados y nariz redondeada, enmarcado por un cabello casi cobrizo me había acompañado a lo largo de todas mis batallas, todos mis amoríos y penalidades. Teresa, siempre ella.

Nunca fui hombre religioso y no sabía rezar, pero me habría prostrado de hinojos para implorar que saliera de su tumba y poder pasar un momento más a su lado. Se me humedecieron los ojos y recé, recé por esa mujer extraordinaria, embargado por los recuerdos. Me quedé allí hasta que, muy discretamente, vinieron a buscarme.

A la mañana siguiente, Carlota y su marido, el príncipe Camilo Ruspoli, me invitaron a conocer el palacio y estuvimos en el cuarto de Teresa. Era diferente del resto de las estancias, decorado con un colorido papel pintado, columnas y una pared en curva muy llamativa. Al mirar por las ventanas y contemplar el jardín, entendí por qué había sido el elegido por ella. Aquellas vistas eran un bálsamo, un remanso de paz.

Nos despedimos cuando el sol perdía ya su fuerza, y Carlota me entregó una carpeta que contenía los escritos de su madre. Abandoné Boadilla para regresar a mi casa de Aravaca. Tenía prisa. Sentía que al encerrarme con aquellos manuscritos suyos, al leer su letra, al tocar ese papel que también había tocado ella, podría volver a sentirla. Llegué fatigado por el viaje y le pedí a mi criado que me preparara un caldo caliente para cenar.

Abrí la carpeta y, envueltas en papel de seda, estaban aquellas cuartillas, aquella letra que era la suya. Al tomarlas en las manos cayó entre mis pies la pluma azul que ella siempre utilizaba para escribir. La besé como si al hacerlo besara sus manos y otra vez noté la emoción acudiendo a mis ojos. Esta vez en la intimidad, dejé mansamente que las lágrimas corrieran por mis mejillas. Era tan delicioso el dolor de aquel recuerdo...

Solo cuando se disipó la niebla de mis ojos pude comenzar a leer. Mientras lo hacía, me venía su voz a la cabeza, y me habría gustado hablar con ella, contarle las cosas que no quise o no pude decirle. Y a medida que iba leyendo, mis recuerdos y los suyos parecieron entrelazarse, palabras escritas y pensamientos surgidos del fondo de mi memoria, unidos por encima del tiempo y la muerte...





CAPÍTULO 2



María Teresa Vallabriga, 1780-1785

Mis recuerdos de infancia son los de una niña feliz. Una niña feliz en el exilio. Porque esa es la historia de mi vida. La historia de un exilio sin fin, del que nunca he podido escapar, ni tan siquiera cuando gozaba de los favores y oropeles de la corte. Ahora, ya cercana mi muerte, cuando la distancia me permite contemplar toda mi vida, echo cada vez más de menos aquellos años.

Las primeras imágenes de mi memoria son unas montañas de las estribaciones de la sierra de Gredos. María Luisa y yo habíamos nacido en el palacio de los Marqueses de Velada, y al poco mi padre mandó construir su palacio de Arenas de San Pedro, al que nos trasladamos. Luis había nacido tres años antes que yo, en 1777, en el palacio del Marqués de Villena, en Cadalso de los Vidrios.

Mi padre, don Luis Antonio Jaime de Borbón, era infante de España y mi madre, una noble zaragozana llamada María Teresa de Vallabriga. A mi padre le habían puesto ese nombre en recuerdo de su hermano mayor, cuyo reinado fue el más efímero de nuestra monarquía y no llegó a los trescientos días, ya que falleció de viruela. Mi padre, quizá por ser el pequeño de una familia real procedente de dos matrimonios, vivió algo olvidado en la corte, una corte manejada por la mano firme de su madre, Isabel de Farnesio, preocupada por aquellos de sus hijos llamados a ocupar reinos y dignidades de gobierno. Creo que por no haber sufrido esa presión de someterse a las intrigas cortesanas, fue un hombre que supo disfrutar sin envidias ni complejos de los parabienes que la dignidad de su rango puso a su disposición. Era de carácter afable, y profundamente curioso con todo lo que le rodeaba. Me parece estar viéndolo, con su pelo cano, pulcramente peinado hacia atrás, su rostro de frente despejada, dulces ojos azules y una poderosa nariz, herencia de la familia. Disfrutaba de la vida, ya fuera de un paseo de caza, su mayor afición, como de una

buena mesa, de la observación de un pájaro o de la composición musical de un grupo de cuerda. A menudo, cuando era pequeña, sentada en su regazo junto a la chimenea, me decía al oído:

—La vida es un cuadro que hay disfrutar pintando. Cuanto más lo disfrutes, mejor será el resultado.

En algún momento de intimidad le pregunté:

—Papá, si tú eres el hijo de un rey, ¿por qué no eres rey?

—Para ser rey hay que estar en el lugar adecuado en el orden dinástico, y yo, hija mía, estoy muy lejos —decía con una sonrisa.

—Y por eso vivimos en el sucio destierro, como siempre dice mamá.

—Tu madre no lleva demasiado bien no vivir en la corte siendo esposa de un infante. Puede que esperase otra cosa —y se reía mientras lo decía.

—¿Y por qué no vivimos en la corte? ¿No vive allí tu hermano el Rey? ¿Es que no puedes vivir con tu hermano?

—Para eso mi hermano tiene que querer que lo haga, y, como bien dices, él es el Rey, y por tanto él decide.

—No lo entiendo, yo quiero vivir siempre con mis hermanos.

—Ojalá sea así siempre, hija mía, y nunca te veas separada de ellos.

Por aquel entonces no lo entendía bien, pero su posición, aunque no me lo dijera, era demasiado cercana al trono, en una familia donde las muertes podían hacer que la corona saltara de una rama a otra de la familia, y, por tanto, Luis y sus hijos no dejaban de ser una amenaza para los herederos del trono de España. Cuando Carlos, que venía de gobernar como rey los reinos de Nápoles y Sicilia, desembarcó en 1759 en Barcelona y se convirtió en Carlos III, era ya el tercer hermano hijo de su padre que había sido rey, y evidentemente no quería que hubiera un cuarto que postergara a sus propios hijos. Le preocupaba que la tradición dinástica española exigiese que el heredero de la corona hubiera nacido en España. Todas sus decisiones en ese sentido fueron encaminadas a que sus hijos, nacidos en Nápoles, pudieran reinar.

Mi padre, por tanto, era cuando menos un estorbo, y podía ser un peligro, aun cuando él, como me confesó, nunca aspiró al trono. «Demasiadas responsabilidades para una sola cabeza», me decía.



Creo que tenía muy presente la locura progresiva en la que había ido cayendo su padre, Felipe V, que les hacía vivir más de noche que de día, entre gritos y extravagancias, así como la melancolía que también había afectado a su hermano Fernando, que lo llevó a perder el juicio. A él, como hijo menor, sin más reinos que repartir desde la hábil mano de su madre, no le había quedado otra que vestir los hábitos, y en 1735, cuando solo era un niño, fue nombrado arzobispo de Toledo. Una vez vi el retrato que el pintor Louis-Michel Van Loo le había hecho con la púrpura y el capelo cardenalicio, y no pude menos que echarme a reír. Sobre todo conociendo su carácter y lo lejos que estaba de la beatería y el ascetismo religioso. Era algo que siempre me llamaba la atención, así que un día, paseando de su mano por los jardines del palacio, no pude evitar preguntarle:

—Papá, ¿de verdad que tú fuiste arzobispo cuando tenías ocho años?

—Sí, claro, aunque solo de título.

—¿Qué quieres decir?

—Que para serlo de verdad hay que sentirlo de corazón, como un San Juan de la Cruz o una Santa Teresa, y a mí Dios no me había llevado por esa senda.

—¿Entonces?

—Mis padres, los reyes, pensaron que era una buena salida para alguien de mi rango.

—Pero si tú no querías...

—Teresita —así le gustaba llamarme—, te agrada vivir en esta casa tan bonita, ¿verdad?, y tener criados que nos ayuden, y comer bien, y escuchar música o ir a ver mis pájaros.

—Sí, claro.

—Pues tenemos todo eso porque somos afortunados, y lo somos al pertenecer a la familia más importante del reino. Eso nos da poder y riquezas, pero también obligaciones. No somos libres porque estamos sometidos a lo que nuestros soberanos dispongan sobre nosotros. A ellos nos debemos, aun cuando lo que determinen no sea de nuestro agrado.

—No lo entiendo bien.

—Claro —me sonreía con sus ojos vivaces—, ya habrá tiempo.



No sabía en aquellos años que tanto su vida como la mía propia estarían siempre condicionadas por ese favor real.

—Y cuando decidiste que no querías ser religioso ¿qué hiciste?

—Se lo dije al rey, mi hermano.

—¿Y qué dijo?

—No le gustó, porque no era la idea que tenía para mí.

—Pero tú ya no eres cardenal, te has casado.

—Claro, creo que un hombre religioso debe ser fiel a sus principios, y a mí esa vida se me hacía demasiado austera. Además no habría podido teneros a ti y tus hermanos.

—Es verdad, no hubiera nacido yo. ¿Y por eso mamá dice que estamos desterrados?

—Mamá siempre ve las cosas de peor color del que las pintan.

—¿Pero es por eso? ¿Por qué se enfadó el rey porque no quisieras ser cura?

—Es complicado de explicar, algún día te lo contaré. ¿No te parece bonito el sitio en que vivimos?

—A mí mucho, pero a mamá no le gusta nada.

—Anda, vamos para casa, que ya deben de estar a punto de anunciar la comida.

En ocasiones me sorprende que yo, que solo era una niña de cinco años, pueda recordar tantas cosas de mi padre y de mi infancia entre Velada y Arenas de San Pedro. Creo que fue porque en los siguientes años de encierro lo único que hice fue recordar, atesorar cada uno de los momentos vividos con mis padres, aquel tiempo de felicidad. Es verdad que a mi madre no le gustaba nada aquello. A pesar de que su temperatura era más benigna que en otras zonas de sierra, mi madre siempre se quejaba del frío de las estancias y del viento. Le echaba en cara a mi padre el estar alejada de la corte, como si fuera culpa suya. Creo que nunca le perdonó aquella vida de exilio, pese a haberse casado con un infante de España.

Olvidaba que ese matrimonio morganático y desigual era la excusa de su hermano para privarnos de su apellido y proceder al extrañamiento de mi padre. Más de una vez la vi tratarlo con desdén, como si aquella vida que vivíamos, y que yo consideraba maravillosa, no fuera suficiente para ella. Y es que a mí todo me parecía estupendo.



Era como si Luis María, María Luisa y yo tuviéramos nuestra corte en el palacio de la Mosquera. Era un palacio sobrio y algo cuartelero, como le gustaba decir al maestro Boccherini. En todo caso, muy del gusto de mi padre, que lo había encargado a Ventura Rodríguez, su arquitecto favorito, que ya le construyera el palacio de Boadilla, sin duda el que a él más le gustaba. Tenía una entrada muy sobria, con un pórtico de granito y una escalinata de piedra por la que nos encantaba echar carreras a mis hermanos y a mí. Situado en un cerro de la localidad, a su trasera tenía las montañas de la sierra, siempre cubiertas de árboles y nevadas en invierno. A sus pies estaba la casa de oficios donde vivía el servicio de la casa y más abajo el caserío del pueblo de Arenas. Desgraciadamente la muerte de mi padre lo dejó inacabado, sin que nadie tomara luego el impulso de terminarlo.





CAPÍTULO 3



María Teresa Vallabriga, 1780-1785

En nuestro pequeño reino serrano no estaba permitido el aburrimiento, en parte porque todo giraba alrededor de nosotros. Mi padre recibía rentas por herencia de sus padres y por la compra del condado de Chinchón, que había hecho a su hermano Felipe cuando este había accedido al ducado de Parma. Ello permitía que escudos y reales fluyeran sin problemas a las finanzas familiares. Nuestra casa estaba no solo bien servida de criados y manutenciones, sino también de artistas, ya que mi padre gustó siempre de rodearse de los mejores.

Por la mañana, primero nos aseaban. Yo siempre me resistía a que mi cuerpo, todavía caliente de la cama, fuera frotado con aquellos lienzos húmedos. Después de que nos vistieran solíamos bajar a desayunar. Si no estaba mi padre esperándonos, se debía a que había salido a cazar, pues rara era la mañana que no lo encontrabas volviendo con la escopeta al cinto, rodeado de perros que le lamían las manos y saltaban a su paso.

Después de la misa en la capilla del palacio, pasábamos la jornada con nuestro preceptor, el padre Cuchía, que nos aburría soberanamente con sus clases de francés, historia y geografía, a las que principalmente acudía mi hermano, mientras yo, por mi edad, jugaba con los mapas o los dibujos.

Luego el maestro Boccherini nos daba clases de música. Luigi era un hombre de carácter simpático. De facciones redondeadas y labios algo carnosos, vestía siempre de manera impecable, con su peluca perfectamente peinada y sus casacas siempre relucientes. A él no le gustaba nada darnos clases, porque no estábamos dotados para la música, pero nos soportaba con el mayor estoicismo mientras pensaba en sus próximas composiciones de cuerda. Me acuerdo como si fuera ayer cuando nos contó el origen de las notas musicales. Tomó un papel y nos dijo:

—Hace siglos, las notas ya existían pero no tenían nombre, eran solo sonidos. Hasta que un monje benedictino, Guido D'Arezzo,

que quería enseñar música, tomó unos versos de un himno a San Juan e hizo la magia.

Y se puso a cantar mientras nos enseñaba el papel que había escrito.

Ut queant laxis

Re sonare fibris

Mira gestorum

Famuli torum

Solve polluti

Labii reatum

Sáncte Ioánnes

—Pero «Ut» no es un «Do» —dijo mi hermano.

—Muy observador. Durante mucho tiempo se utilizó «Ut», hasta que un compatriota mío, Giovanni Battista Doni, la cambió por «Do» para facilitar su entonación.

Sin embargo, nosotros no estábamos por la labor de aprender las notas y escalas musicales, y le preguntábamos por sus viajes por Europa y por cómo eran París o la corte austriaca. Desde el pueblo donde vivíamos, aquellos parajes nos parecían siempre lugares mágicos y nuestra imaginación solía volar pensando que algún día los visitaríamos:

—Pero, Luigi —decía mi hermano—, ¿no preferirías estar en París o en Madrid que en este pueblo perdido de las montañas? Tú no estás apartado de la corte como nosotros.

—¿Por qué lo iba a preferir? Aquí tengo todo lo que puedo desear. Están Clementina, mi mujer, y mis hijos. Este sitio se parece mucho más a Lucca, donde nací, en la Toscana, que cualquier otra de las ciudades que he habitado. Y además tengo un gran mecenas, vuestro padre, que me permite componer las obras que más me gustan.

—Solo falla que tengas que darnos clases a nosotros —comentaba mi hermano riendo.

—Nada es perfecto en la vida, pequeños infantes —decía mientras nos guiñaba un ojo y tomaba su violonchelo.

Nosotros le veíamos tocar, anonadados por su virtuosismo y su capacidad de arrancar melodías de aquel pedazo de madera con cuerdas.



—El violonchelo es como una pareja de baile —nos decía siempre—. Tienes que acariciarlo sin molestarlo, moverlo sin pisarlo y sentir cómo vibra junto a ti cuando lo estás tocando. Solo cuando la música no solo lo traspasa a él sino también a ti es cuando realmente estás creando.

De todas sus composiciones, la que más me gustaba era una que se llamaba *La pajarera*, *Lúccelliera*, como él decía, porque en ella parecía que se oía el canto de los pájaros. Siempre decía que se había inspirado en los cantos que oía en la pajarera que mi padre tenía en el palacio de Boadilla. No sé si sería verdad, pero la pieza era preciosa y a veces, leyendo su partitura, tantos años después, cierro los ojos y me traslado a cuando era niña y le escuchaba tocarla, como si la música tuviera la facultad de llevarnos de inmediato al lugar de nuestros recuerdos.

Si mi padre había salido a cazar y no lo había visto en la mañana, me gustaba esperarlo y solía salir corriendo a su llegada para abrazarme a él y preguntarle qué había cazado. Mi madre, que conocía mi afición a saltarle encima como uno de sus lebreles, solía gritarme cuando me veía aparecer para que no lo hiciera, por miedo a que manchara mis vestidos. Venía normalmente en un tropel que formaban los monteros, los rederos, los perreros con sus perros y los peones que cargaban las piezas de la jornada.

—¡Mira! ¡Ven a ver qué ciervo tan grande hemos cazado!

—¡Qué grande!

—Cuantas más puntas tienen sus cuernas, más poderoso es. ¿Sabías que se les caen y les nacen cada año? —Escuchándole yo era feliz.

A las doce asistíamos a misa en la capilla, y si era domingo, bajábamos a la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción. Mi padre siempre decía que la mejor manera de no levantar envidias e inquinas es darse a conocer y mezclarse con aquellos que no son de nuestra clase o no han tenido nuestra fortuna. Aquellos movimientos eran siempre complicados porque bajar de la Mosquera con toda la servidumbre no era poco, pero para nosotros, que siempre estábamos deseosos de hacer cosas nuevas, era un día que esperábamos con alegría. Solíamos bajar en un bonito carruaje tirado por cuatro caballos negros, a los que los mozos de cuadra solían cepillar una y otra vez para que su pelaje reluciera.



Por la tarde, después de la siesta, a veces mi padre nos llevaba a dar un paseo a caballo por los montes si el tiempo lo permitía. Era mi momento favorito, porque cada estación del año era un mundo diferente. Mi padre conocía los sonidos de muchos pájaros y nos ponía a prueba para ver si descubríamos cuál era el mirlo, el ruiseñor o el au-tillo. En algunas ocasiones también veíamos algún zorro, y mi padre decía que no era raro ver algún lobo. Los momentos preferidos de mi padre para cazar eran a primera hora de la mañana, cuando el sol estaba despuntando, o a última de la tarde, cuando los rayos, ya debilitados, lamen las copas de los árboles.

A la vuelta y tras cenar, que acostumbraba a ser temprano, nos mandaban a acostar. Solo en ocasiones especiales, cuando había alguna fiesta o algún baile, nos permitían quedarnos. A mí me encantaba ver cómo se bailaba el minueto, mientras el maestro Boccherini dirigía la música del grupo de cuerda. Eran las ocasiones en que venía gente de fuera del palacio a visitarnos, marqueses y condes cuyos nombres mi madre se esforzaba en que conociera, pero que a mí se me olvidaban con la primera reverencia de presentación. Me encantaba ver los vestidos de las mujeres, con sus zapatos y chinelas decorados con perlas o piedras preciosas. También aquellas pelucas, algunas tan grandes que siempre me preguntaba si no les darían dolor de cuello. No obstante, las fiestas muy populosas no eran habituales porque la nobleza prefería seguir a los reyes en su jornada por los palacios de la corte, y no irse tan lejos como estábamos nosotros en aquel desierto serrano. Lo único bueno era que en ocasiones los invitados se quedaban varios días, y si tenían hijos podíamos jugar con ellos.

Me acuerdo que una vez nos visitó Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, la duquesa de Alba. Venía con su marido desde el palacio de Piedrahíta. Me deslumbraron su belleza y sus ricos ropajes de seda cubiertos de pedrería. En aquellos años la duquesa era una mujer joven, de rasgos suaves y poderosa melena oscura. Todos los invitados, incluidos mis padres, revoloteaban a su alrededor, alabando su buen gusto y regalándole el oído. Nunca olvidaré que cuando me vio, escondida tras las faldas de mi madre, se arrodilló ante mí y me dijo al oído:

—Daría todas mis riquezas por tener una niña como tú.



Me volví a cruzar en mi vida otras veces con ella, pero aquella frase susurrada nunca se me olvidó. Siempre pensé, no sé por qué, que de algún modo sabía que no tendría hijos que heredaran el vasto patrimonio que formaba su herencia familiar.

A falta de las visitas, eran los hijos de nuestros criados nuestros principales compañeros de juegos, pese a la mirada de mi madre, que siempre temía por los entretenimientos que los pícaros del servicio, como ella los llamaba, pudieran sugerirnos. María Luisa, Luis y yo solíamos quedar en los jardines del palacio con ellos, un grupo de lo más variopinto, desde Joaquina o Luis Marcos, hijos del maestro Boccherini, a Andrés, que era hijo de los cocineros, o Antonio y Jaime, hijos del palafrenero de mi padre. Los mejores juegos eran la gallinita ciega o el escondite, pues el palacio y sus alrededores eran prolijos en lugares en los que esconderse. Me acuerdo que una vez me había escondido en las caballerizas, situadas en los bajos del edificio de la servidumbre, precisamente con Tomás, el hijo del mozo de cuadras, que conocía aquello al dedillo. Nos quedamos escondidos mientras oíamos las voces de los otros chicos que nos llamaban. Nosotros nos reíamos pensando que no nos encontrarían y que íbamos a ganar el juego. Luego dejaron de oírse las voces y pasó un buen rato hasta que las voces que empezaron a oírse fueron las de los mayores. Nos dimos cuenta entonces de que quizá nuestro juego había durado demasiado y nos decidimos a salir de nuestro escondrijo. Cuando lo hicimos y un mozo dio la voz de habernos encontrado, apareció mi padre y el propio padre de Tomás, ambos con cara de enfado. Sin embargo, todas las culpas recayeron sobre el pobre Tomás, y asistí callada a cómo su padre le daba unos correazos que lo hicieron aullar de dolor. Mi padre no dijo nada, se limitó a tomarme de la mano y llevarme a palacio. Fue la primera vez, en mi mentalidad de niña, que fui consciente de las diferencias de clase que nos separaban a aquellos niños y a nosotros, algo que nos hacía diferentes, aunque en nuestros juegos fuéramos iguales. Las siguientes veces no pude sostener la mirada ante Tomás, con el que ya no quise volver a jugar. En el fondo me daba vergüenza mi cobardía ante aquel castigo del que yo también era merecedora.

En ocasiones, fruto de ese carácter de mecenas de mi padre, venían a vernos pintores, entre ellos el maestro Goya con su mujer,



Josefa Bayeu. No era todavía el pintor tan conocido que llegaría a ser, y yo no sabía cuando me pintaba de niña que volvería a hacerlo varias veces en mi vida. A mí no me gustaba demasiado que me pintaran porque tenía que estar muy quieta. Recuerdo que para mi primer cuadro me vistieron como una pequeña dama con un juboncito azul, una basquiña y una mantilla blanca. Lo que más me gustaban eran los zapatos porque tenían una hebilla dorada muy brillante. Me empecé en que me pintaran con mi perrito bichón, de nombre *Zapirón*, que siempre andaba conmigo. Goya era por aquel entonces un hombre joven, algo grueso y de cabeza poderosa, facciones anchas y cabellera oscura, espesa y algo despeinada. Sus cejas, ligeramente arqueadas hacia arriba, le daban un aspecto algo fiero que no se correspondía con su carácter. A él tampoco le hacía demasiada gracia pintarme, pero deseaba abrirse camino en la corte y pintar lienzos de personas relevantes era la mejor forma de obtener nuevos encargos. Trabajó rápidamente cierta amistad con mi padre e incluso lo acompañó en sus jornadas de caza. No era gran cazador, y mi padre le decía sin malicia que era mucho más rápido con su pincel que con su escopeta. De sus cuadros de aquella época el que más me gusta es uno en el que salíamos toda la familia. En él, mi madre está siendo peinada por su peluquero, Santos Gracia, y mi padre, de perfil, aparece jugando a las cartas. Mi hermana es todavía un bebé en brazos de Isidra, su niñera, y Luis y yo estamos al otro lado. Me gusta porque yo estoy mirando de frente, al espectador del cuadro, y así es como si conectáramos él y yo. Me ha gustado siempre esa imagen y mirarme a los ojos en ella, como si a través de la pintura la mujer que soy y la niña que fui pudiéramos vernos. También aparecen Antonia y Petronila, las camareras de mi madre, e incluso Luigi Boccherini y el propio Goya, como si él a su vez estuviera pintando el cuadro, y así la escena fuera un cuadro dentro de otro cuadro. Me gusta porque se respira paz y porque en aquel tiempo, en el otoño de 1784, todavía éramos una familia. No sé si una familia feliz, pero familia al fin y al cabo. Yo, que era una niña sin más preocupación que sus juegos, no podía saber que en apenas un año mi padre moriría. Y que su muerte iba a cambiarnos la vida para siempre.

